UNA RELIGIÓN SAGRADA

Manuel Tejedor Rábano

Primera edición, noviembre de 2023
© Manuel Tejedor Rábano, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-49-7
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL M-33296-2023

UNA RELIGIÓN SAGRADA

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

I. LOS CUARENTA Y CINCO BESOS

Consolación

11-10-2000 (20:00-20:28)

En la oscuridad del altar coloca encendida una vela,
desde la cruz en penumbra Cristo observa,
ya sosiega su impaciencia a punto de sollozar,
ya no cree soñar su existencia, si el crucificado le sonríe.

«¡Verás… los monstruos… mi terror!», palabras inconexas,
solo un dios estaría en disposición de entenderlas.
«¡No es necesario que te desclaves… ni que me hables!».
Solo un corazón divino dispuesto a hacerlo.

Y la luz de vela hace, como la luna, de centinela
y la vida, podrida en el cuarto trastero de su alma,
brota tan sana y tan desnuda como de un manantial.
Alguien lo tuvo oculto en un pozo estrella, que estalla.

Aparece por las vidrieras de la iglesia su luz esparcida.
Ella da la espalda con sombra, para ver refulgir al crucificado.
Hay noches en que un misterio torna diáfana el alma,
velos que nos envuelven para cegar las miradas de las muertes.

Era Dios y aun crucificado estaba en su paraíso
cuando fuera de allí se iniciaba la oscuridad.
Un tenue resplandor prendió desde la vela su alma.
¡Alma, esta noche tu ardiente amor tiene de casa mi corazón!

Encariñado

11-10-2000 (19:15-20:00)

El viento es nocturno y del este,
se metió después de esquinar el arco zigomático
por la cuenca de los ojos de la calavera,
luego salió hacia el oeste por los dientes.

Allí debieron de formarse las ráfagas
como en los acantilados los tifones,
en la lucha del cerebro, pudriéndose
con el alma, debatiéndose en el cráneo.

Los seres góticos meditan en sus aldeas,
penetrando, con su rostro de cielo pálido, las puertas cerradas.
Desean inspirar miedo los muertos vivientes.
Los muros de la noche me inspiran lástima.

Procesiones de seres a los que les cruje la vida
desfilan hacia las sombras en lamento constante.
Desean conocer tu nombre, pero el bosque les desarma
desde el fondo de una aldeíta del alma, llamándote.

Son la Armada Invencible, pero los burla la noche,
entonces entona el viento nocturno una tan conocida tonada
y yo, con la tentación de encariñarme otra vez de alguien,
acaricio con penas la calavera de mi mejor amiga, desenterrada.

Yo soy el animal que reconoce a los cadáveres amados,
el salvaje del bosque que con una vela veía su filosofía.
Yo amaba estos huesos inmortales, deshechos entre mis venas,
me miré el alma en lo profundo y me surgía el abismo.

Perdidos en el paraíso

25-9-2000 (21:05-22:55)

¡A qué ir a por las guerras… a por la inutilidad de sus victorias!
Faltan lágrimas y sonrisas en esos ojos de morada,
el campo está pálido en su hierba tal como las pieles que eran morenas.
Esos ojos fueron solo una muerte, sin sonrisas ni lágrimas,
la otra lleva sonrisas y lágrimas, sin esos ojos.
Cada vez más, estas miradas del Polvo
siempre quieren ser tu amigo después de destrozarte,
no pueden remediarlo.
En el río, estaban a flote como cadáveres mis emociones.
Yo les tiraba piedras con idea y cantos con belleza de ondas,
las emociones en el agua no revivían en las Leyes.
Yo conocí este campo de batalla, de pícnic
de picadero de damas apasionadas como tormenta de verano,
que repetía un diluvio solo por el deseo de una pareja
que buscaba un refugio para su felicidad.
Yo les indicaba: «¡Amaros antes de que sea tarde,
tenéis cuarenta días y cuarenta noches antes de la Gran Guerra,
pienso así porque estoy muerto!».
Yo seré el viento enredado en sus rizos,
la luz pelirroja que viene blanca de su carne,
un soplo del vaivén de tus caderas.

Desplaza el agua del remanso del río su torso,
arena bajo tus pies en lugar de la mirada destrozada.
Tu corazón se cruzó en mi camino.
Aquí, sobre este campo, se necesitan los rezos,
el agua bendita de los milagros
y el Polvo germinal irrespetuoso
sobre el polvo de la muerte respetuosa,
que quiere ser tu amor y de ti enamorarse.
Están los seres, no son forasteros. Dios no es requerido por nadie.

El mundo está bajo las faldas o al abrir mi bragueta
la luz ya no es el reflejo del sol sobre una bayoneta calada,
antes de vencer ni la sombra da horizontalidad al cadáver
ni la copa de los árboles adquieren su sabiduría del cielo
ni de las raíces de la tierra.
Los pájaros hacen de sus vuelos desalmados su santa voluntad.
Esto es un santuario que construye su iglesia sin ladrillos
ante la caída de santos cascotes de la bóveda celestial.
Mira mis manos como máquinas enseñando a acariciar a los amantes.
Aquí comienza la calle donde se cruzan las revoluciones
y sus revolucionarios labran sus campos como rostro de amada.
No voy a abandonar esta ciudad. Si no se lucha, se muere.
¿Por qué no apoyas alguna vez en tu vida una causa justa?
Vamos a perder, pero no somos perdedores,
no somos indiferentes en la lucha. ¡No puedo remediarlo!
Alguna vez sitiaremos a los ladrones,
estamos en la Gran Guerra Mundial no declarada.

Un iconoclasta no debe enamorarse del Dios a derribar,
ni un artista consumirse en el amor a su obra de arte.
Los paraísos nos encandilan por sus infiernos,
subimos las escaleras que ascienden a las ruinas.
La propia elevación en alacridad no alcanza la cima.
Con el pincel atusaba tus ojos, solo en tu mirada estaba el cuadro.
No puede separarse de sus demonios,
en cada crepúsculo sus colmillos vampirizan el sueño de Dios.
¡Únete a nosotros!
Desde entonces son mis encarnizados enemigos,
son gente con la que no quisiera verme a solas en el paraíso.
Como Dios, están siempre floreciendo en la podredumbre,
naciendo cada vez más hermosos
de su lado oculto.

Amor en el ADN

22-8-2000 (19:30-20:22)

Elegí un cuerpo humano, dado a través del espíritu
de unos determinados padre y madre.
Los ojos maravillosos con los que ver crecer un poema en la basura,
según me vaya gastando la podredumbre, sufra la derrota de los héroes.

Elegí la santificación por la humillación del pecado,
que no circulase sangre por mis arterias que no fuese orgullosa,
nacer en un país que acabase de sufrir al más sanguinario tirano,
al que los que se decían más santos llevaban bajo palio.

Elegí repujar con las estrellas en mi carne un libro de luz
y destacar todo: lo pagano y lo sagrado, bajo la sombra de una palabra.
Que yo fuese capaz de contenerme en todos los universos posibles venideros
así como tres letras ADN, contienen la promesa de lo que seremos.

Que no importe que desaparezcan las cosas, si se nombran,
y que, solo con nombrarlas, aparezcan las solas cosas innombrables.
Alguien poderoso colocó un reloj para mi distancia,
cifró en el tiempo la fórmula de mi separación.

Elegí ser siempre inocente ante los culpables,
reunir los retazos de un dios esparcido y colocarle un nombre en la frente,
que, aunque fuese palabra de muerte, contuviese la vida.
Declinar como el atardecer del día vanidoso
cuando me creciese, tumoral, el monstruo.
Sucederle, después de mi olvido, con un recién nacido a la sabiduría.

La belleza nunca se oculta, pero siempre debe ser descubierta,
de ahí que el movimiento que todo lo cambia
mece la cuna del mundo. Elegí nacer así.

Ramillete de flores

12-9-2000 (00:45-1:38)

«Se me ha olvidado lo que iba a decirte:
¡Que estoy cada día más guapa!»,
—llega la aurora sin los dos—
y el día avanza, olvidando tu belleza.

No volveré a sentarme, nocturno, frente al muelle,
la niebla refleja la luz de la farola quitada a la luna.
No madrugaré para ver por la vereda a mis padres y hermanos
recorriendo el terreno reseco y cuarteado,
en cuyas cicatrices lagartijas y arañas moran.

Las espigas de trigo, peinando sus cabellos rubios de amazona,
la gota de leche que al masticar da su pezón,
el alumbramiento por su hendidura vaginal
del grano verde de su pan bajo el inclemente sol.

De noche, el cri-cri de los grillos frenéticos
excitan, desnudas en la hierba, las nalgas de una mujer
que desea introducirse un hombre entero
con glande de luna.

La serpiente de Eva desencaja su mandíbula,
desea tragar a favor de escamas
todo cuerpo caliente que ama.
El campo, en su silencio oscuro y cristalina negrura,
deja ver en sus entrañas la constelación más próxima,
es ya la catedral.

Era un amor profundo,
no podía evitarse.
Nos hacía daño el estar separados,
el estar juntos era el espanto.

Algunos no crecemos nunca,
tampoco aprendemos a sonreírnos.
Algo de mí distinguías,
ninguno hacíamos cosas para estar al alcance del otro.
Solo, en esta noche, el lucero de algún duro corazón de hombre
entre las estrellas que sufren de mujeres
y aún no aparecen.

Se realiza el milagro de dormir acompañado,
dormir solo en el paraíso es como llora la soledad,
un muñeco gime abrazado a su muñeca.
La aurora se llevó la tez rosada de su cara
ya pálida para todas las auroras.
Yo te parecía interesante.
«¿De verdad te parece interesante el…?», te interrogaba,
«Depende de los gustos… más me lo pareces tú a mí», me contestabas.
La luz se filtra a través de la vidriera
siempre con esa lechosidad de los milagros.
Yo soy fiel a la religión de tu amor.

Ese día en que cerraron el lupanar
salieron al campo, bañáronse en el río,
se posaron por el campo como las mariposas.
Las meretrices regresaron a su templo del vicio
otra vez vírgenes.
Debían seguir rezando a sus señores dioses
entre la religión y su vicio, eran puras.

Así debe ser la muerte,
así debemos retornar de algún sitio,
limpios de corazón.
El amor eterno que dura la estupidez de un momento,
tu imagen en los añicos del espejo
y yo no sé romper
la tela de araña del crepúsculo,
y no se rompe.
Camino de la muerte, paro el carro,
me bajo a coger ramos de flores,
arrancándolas, una a una, de un campo.
Las corto para poseerlas y se marchitan.
Sus desnudos cuerpos, sin soltar el ramillete
de flores mustias entre mis manos aún ensangrentadas,
eran torso carnal y son restos de arqueología.
Sin darte cuenta, me mentías.
Era la vida que me atropellaba.
Ahora, esta verdad impide que para mí crezcas.

Las asquerosas flores suben laderas de colina,
el olor acre y dulzón de la mentira
danza en las caderas de la parturienta
por la vida que comienza.
Se pudren en su fragancia la virtud de un futuro hombre.

Un retrato

4-8-2000 (noche)

Amo el rastro de bondad que deja, desangrándose,
un fracasado.
La mañana, en la colina, asciende la maldad a la cima,
sin poder la bondad, sin camino, va desmoronándose.
Aún conserva la reminiscencia del ángel
que fue prohijado por los dioses.
Un hombre bueno que fue inmortal
y ahora solo quiere morir.
Estuvo infinito y ahora limita su mundo,
se conoció parte alícuota de un ser supremo,
ahora empequeñece su alma.
Solo el que fue rey sabe del valor del esclavo.
Se despereza el cuerpo para ofrecer su trozo a los demás.
Me retraté a mí mismo por la espalda
para ver de frente a los demás.
No sé más que traicionarte,
tengo que hacerte, Dios, verte traidor.
Estás aquí para prepararme a morir,
yo para robarte con color el cristalino del alma.
Ella es veinticinco veces virgen;
yo no soy veinticinco veces su sátiro distinto,
así es el amar.